

Eric Domergue
Coloquio Desaparecidos Franceses en Argentina
Senado de París - 8 de diciembre de 2011

Mi familia y yo mismo tenemos una gran ventaja sobre la mayoría de los familiares de los 30 mil detenidos-desaparecidos de la Argentina: Hemos recuperado los restos de mi hermano Yves y de su compañera Cristina.

Fueron 34 años de incertidumbre, de búsqueda, de espera, pero lo logramos, y al fin pudimos hacer el duelo, dar vuelta la página más dolorosa que nos tocó vivir. Ahora tenemos un lugar donde llevar una flor: plantamos un árbol con las cenizas de Yves y de Cristina que crece vigoroso y desafiante en un parque de Rosario, la ciudad donde se amaron y donde los mataron.

Bueno es recordar que la lucha por nuestros desaparecidos nunca fue un combate individual, siempre tuvimos el invalorable respaldo de los demás familiares y de todos los organismos de derechos humanos, y hacia ellos seguimos tendiendo nuestras manos, nuestro aliento, nuestro acompañamiento. Yves y Cristina, al momento de recuperar su identidad y su historia, representaron a los 30.000 desaparecidos, fueron y serán por siempre los 30.000 desaparecidos de Argentina.

Los hemos encontrado y ahora ellos gritan justicia. Sus huesos emergieron de tierra y hablan, acusan, son las pruebas ya no de su secuestro y desaparición, sino de su asesinato. Sus heridas, los plomos que se recuperaron en sus sepulturas, constituyen su verdad póstuma, y todas estas pruebas ya fueron presentadas ante los tribunales argentinos, en el juicio que se lleva a cabo en Rosario contra algunos de los torturadores de la región. En ese juicio, que debiera terminar pronto, tuve oportunidad de testimoniar hace 9 meses, para hacer oír las voces de las dos familias y reclamar que se hiciera justicia, en esta nueva y alentadora etapa que se abrió en la Argentina con la anulación de las leyes del perdón y la apertura de los juicios a los represores.

La recuperación de los restos de mi hermano y de su compañera nos reveló una historia maravillosa, que desconocíamos y que queremos compartir con ustedes. Porque si bien hablamos de secuestros y de muertes, por sobre todo tenemos que destacar la conmovedora solidaridad de muchos que, sin conocer ni a Yves ni a Cristina, los cuidaron por más de tres décadas.

Ahora sabemos que fueron secuestrados en la ciudad de Rosario en septiembre de 1976, e inmediatamente fusilados. Sus cuerpos aparecieron baleados a la vera de un camino rural a más de 120 kilómetros de Rosario y sepultados como anónimos en el cementerio de un tranquilo pueblo de la pampa llamado Melincué. Sus asesinos, además de quitarles la vida, quisieron borrarles toda identidad para que se perdieran por siempre en las tinieblas del terror. Y casi lo logran.

Ahora sabemos que los pobladores de la región cuidaron de Yves y de Cristina como si fueran sus propios hijos, llevaron flores sobre sus tumbas para que se sintieran menos solos. Los habitantes impidieron que cayeran en el olvido, no pararon su propia búsqueda hasta tanto las familias huérfanas de sus hijos encontraran la paz.

Ahora sabemos que una página exquisita de esta historia la escribieron docentes y alumnos de la escuela pública de Melincué, que emprendieron la loca idea de ponerles nombres y rostros a los dos desconocidos más conocidos de la región. El gran giro se produjo en junio del 2003, cuando una profesora propuso a sus alumnos la realización de un trabajo sobre la memoria, tomando el caso de los dos anónimos que descansaban en el cementerio local. La profesora se llama Juliana Cagrandi y está aquí entre nosotros, permítanme que se las presente. Los jóvenes de 16 y 17 años elaboraron una pequeña investigación, se la llevaron a las Abuelas de Plaza de Mayo, al poco tiempo

concluyeron sus estudios y la mayoría se fue hacia la gran ciudad para seguir estudios universitarios o bien por trabajo. Pero lejos de desentenderse del tema, durante años, cuando regresaban a su pueblo, le preguntaban a su profesora: “Y, Juliana, se sabe algo?” No, no se sabía nada...

Juliana nunca bajó los brazos, y al cabo de cinco años de golpear puertas, logró interesar en el tema a los integrantes de la Secretaría de Derechos Humanos de la provincia de Santa Fe, quienes realizaron sus propias investigaciones y me contactaron en mi domicilio en Buenos Aires. No eran más que indicios, pistas que podían terminar en vías muertas. Y, efectivamente, surgieron contradicciones, durante un año y medio pasamos de la esperanza a la decepción, hubo que anestesiar las esperanzas.

Ahí entraron en escena otros actores que, como familiares, no podemos dejar de subrayar una y mil veces el rol primordial que jugaron: los antropólogos forenses.

Una mañana de junio de 2009, en pleno invierno austral, dos integrantes del Equipo Argentino de Antropología Forense concurren al cementerio de Melincué. Con sus propias manos cavaron un rectángulo de tierra sin cruces ni señales, pero con las certeras indicaciones de los habitantes del lugar, y rescataron dos esqueletos en buen estado de conservación y 9 plomos –las pruebas de las que les hablaba antes-. Durante 11 meses y también con sus propias manos, los cuidaron, los limpiaron, los reconstruyeron, supieron escucharlos como nadie, descifrar su información genética, compararon su ADN con el de todas las familias que habíamos depositado nuestra sangre en el banco de datos... y lograron restituirles un rostro, un nombre, un pasado y también un porvenir: el varón anónimo era mi hermano: Yves Domergue; y la chica su compañera, mi cuñada: Cristina Cialceta.

El 5 de mayo del 2010, casi un año después de la exhumación de los cuerpos, los antropólogos me convocaron para comunicarme la sorprendente noticia de la identificación de Yves. Y digo sorprendente porque no la esperaba, no teníamos pistas, ningún sobreviviente de los campos de concentración del régimen los vio, no teníamos expectativas de algún día poder darles sepultura. Y sin embargo, después de 34 años de búsqueda, es un grupo de escolares y su profesora, los pobladores de Melincué, los antropólogos y la memoria colectiva quienes nos devolvieron sus huesos y la identidad de Yves y de Cristina.

Aquel 5 de mayo, en que al fin me reencontré con mi hermano desaparecido, los propios antropólogos estaban conmovidos y emocionados al comunicarme la noticia. Es ese rasgo profundamente humano que quiero destacar, que se suma al profesionalismo sin falla que los caracteriza.

Con la identificación de los cuerpos, las dos historias paralelas se hicieron una: la de nuestras dos familias que teníamos los nombres pero no los cuerpos, y la de los pobladores de Melincué que tenían los dos cuerpos pero no sus identidades. Entre todos pudimos torcerle el brazo a la política represiva y criminal de la dictadura militar que erigió la desaparición de los cuerpos como una metodología funesta y planificada, llamada a dejar secuelas por varias generaciones. No caben dudas que, como dicen mis padres, la desaparición es mucho más cruel que la muerte.

Todo ello fue motivo de un documental, el cual será presentado mañana a las 18 horas en la Embajada argentina en París.

En lo personal, no puedo dejar de aprovechar toda tribuna que se me ofrece para destacar otro aspecto de esta historia. Yves y Cristina tenían 22 y 20 años cuando los mataron. Y los eliminaron porque luchaban por una sociedad mejor. Ellos militaban en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, pertenecieron a una generación de revolucionarios, de jóvenes comprometidos, con la particularidad –que los enaltece más aún– de que dieron la vida por la Argentina siendo ambos extranjeros: mi hermano

francés y su compañera mexicana. Su compromiso, su voz, quiero muy modestamente poder rescatarla de las tinieblas en que pretendieron callarlos para siempre.

Me enorgullece que esas voces retumben en este prestigioso recinto. Muchas gracias a nuestros anfitriones del Senado, a la embajada argentina en París, gracias a mi familia y a mis amigos, y a todos los presentes. Quiero agradecer en particular a quienes tuvieron la maravillosa iniciativa de organizar este coloquio –Alicia, Estela–, porque, al evocar la memoria de los 20 franceses muertos o secuestrados por la última dictadura militar, rendimos un homenaje, una vez más, a los 30.000 detenidos-desaparecidos de Argentina.